

peaje, etc.), todo lo cual ha sido magníficamente aprovechado y encuadrado dentro de un plan general prefijado.

Se agrega una extensa bibliografía general, y varios índices, de láminas, de materias y otro general de los tres tomos. La parte gráfica ha sido acertadamente escogida y es digno de señalarse un mapa bien impreso que cumple el objetivo de los autores de mostrar plásticamente las innumerables irregularidades del terreno que debían atravesar los peregrinos. A pesar de la observación anotada en sus páginas iniciales, de que esta obra fuera redactada en el período que abarca los años 1943 y 1944, cuando las circunstancias por que atravesaba Europa, hacían difíciles o imposibilitaban de manera casi absoluta toda consulta fuera de la Península, sus páginas no se resienten de manera alguna de falta de información europea. Y es difícil que ningunas otras se hayan escrito con tanto celo erudito y con tan cuidadoso examen conjunto de la geografía y de la historia.

Vázquez de Parga, Lacarra y Uría han merecido bien de los estudiosos de la historia medieval por su obra magnífica. Gracias a ellos ha sido escrita una página nueva de la historia hispana hasta ahora en blanco o poco menos. Los tres gruesos volúmenes que la constituyen no sólo son indispensables para el historiador, el jurista, el arqueólogo... sino para quien quiera que se interese por uno de los fenómenos religiosos y culturales de mayor trascendencia para la vida espiritual y material de Occidente.

SUSANA A. DELLA TORRE.

J. M. MIQUEL I. VERGÉS, *El General Prim, en España y en México*. México, 1949.

El libro que nos ocupa aspira a presentar la figura del héroe no ya limitada a su existir individual, sino recortada sobre el fondo histórico que vio transcurrir su vida — sinsabores y triunfos.

Los escenarios de esta acción, México y España. México durante los días inciertos de la Independencia, hasta la llegada de aquella expedición, en que se aliaron los intereses de Inglaterra y España con la oculta ambición de Francia contra la nación mexicana. Si España salió con honra de este intrincado laberinto de planes oficiales y de inconfesables designios fué merced a la habilidad del jefe de sus tropas, el general Prim, que supo retirarse a tiempo, evitando así el ridículo.

Y España, la España de los últimos momentos de Fernando VII. la de María Cristina, Reina Gobernadora. la de la Guerra Carlista, la del restablecimiento de la constitución de Cádiz. Cuando la reina pretendió quitar al pueblo el derecho que tenía de elegir libremente sus alcaldes y se agitó el mundo político. Como consecuencia de esos acontecimientos María Cristina debió ceder, pero al mismo tiempo, humillada, presentó su renuncia. Se

encendió nuevamente la guerra civil: los partidos lucharon por la tutela de las princesas cautivas en el Palacio. Triunfante el gobierno con Espartero a la cabeza, todo terminó con represiones y fusilamientos.

Luego se sucedieron, durante la minoría de la futura Isabel II, los gobiernos de Narváez, Istúriz, Márqués de Casa Irujo, es decir, todo aquel ajeteo político-militar de la época. Porque esta época fué la del soldado de fortuna, que surgiendo de la nada llega a encumbrada posición: es el caso de Espartero y del consorte de la viuda de Fernando VII, Agustín Fernando Muñoz, antiguo guardia de Corps. Aparecieron más tarde en el escenario nuevos actores; llega Isabel II, ya reina, con su frivolidad y su descarada coquetería. Este marco es el que ofrece España a Prim, joven de treinta años, luchador temerario en la guerra Carlista y representante de Tarragona en las Cortes de 1841.

Pero Prim desea ser algo más, también él quiere ser soldado de fortuna como los otros y ejercer el poder. Por ello está presente en cuanta revolución realizan los progresistas, de los que es destacada figura, contra el Gobierno. No tiene éxito — que el éxito vendrá más tarde — de ahí que deba ausentarse de su patria, esconderse y, alguna vez, escudarse en su condición de diputado a Cortes, a fin de escapar a las sanciones del gobierno. Por último, éste, en la persona de Narváez, lo envía como Capitán General a Puerto Rico, con el propósito de tenerlo alejado de su campo de acción. Pero Puerto Rico no ha de ser un retiro largo y otra vez está Prim en España, luchando desde el Parlamento o entreteniéndose ocios en algunas escaramuzas contra el Sultán de Marruecos.

Es entonces, cuando se le abre una oportunidad de salir de esa oscuridad en que lo ha sumido la política: la guerra de África, donde su figura adquiere singular relieve por su victoria de Castillejos. Es cierto que su posterior intervención en Méjico pareció aminorar su fama al principio, pues los fanáticos no le perdonaban haber abandonado una empresa que, desde España, se consideraba fácil. Los siguientes hechos mexicanos, en cambio, habrían de agigantar su fama, al confirmar, con el fusilamiento del emperador Maximiliano, las predicciones de Prim respecto a la imposibilidad de establecer un monarca en aquellas tierras.

Sin embargo, no es todavía el momento de Prim, y el poder resbala entre las manos de Narváez y O'Donnell. El Conde de Reus está descontento con esa política que le posterga y organiza con tenaz constancia una rebelión tras otra. Fracasan. El gobierno le persigue, pero él se escurre huidizo: ya está en Orán, ya en Portugal, ya en Inglaterra, ya en Italia. Desde aquí dirige diversos movimientos revolucionarios, hasta que el éxito le sonríe. Han muerto ya los figurones principales, Narváez y O'Donnell, y Serrano, que suplanta a éste al frente del Partido Liberal, pacta con los progresistas y demócratas, uniéndosele Topete, con lo que se asegura la adhesión de la Marina.

Ahora sí puede vislumbrar Prim el cercano triunfo: están unidas, en un

mismo intento — el derrocamiento de Isabel II, — todas las fuerzas de la nación. Isabel cae, pero esto no significa el fin de la lucha, sino el comienzo, para Prim, de un período de actividad intensa si quiere asegurarse el mando. ¿Quién gobernará? ¿Habrá república o monarquía? Nuestro hombre se inclina hacia ésta; no le parece viable la república en España.

Su personalidad es demasiado vigorosa como para sujetar los bríos del partido republicano y aún de los monárquicos que se inclinan hacia una reina de la Casa de Borbón, Luisa Fernanda, hermana de la reina saliente. Pero ya lo ha dicho Prim, «Borbones, jamás, jamás, jamás». Y ahí lo tenemos empeñado en buscar por todas las Cortes vecinas un monarca para España. Extraña paradoja en él, que se había burlado, años atrás, de los mexicanos que iban mendigando por Europa un rey para su patria. Lo halla por fin en la persona de Amadeo I, de Saboya, pero no alcanza a darle la bienvenida, porque en los últimos días del año 1870, el 27 de diciembre, es asesinado, camino de su casa.

La figura de Prim, surge así elaborada de los documentos y monografías, manejados hábilmente por el autor. Sobre ellos intenta estudiar el fuero íntimo del héroe y explicar algunas de sus decisiones y actitudes, por cierto contradictorias, rebasando el mero carácter narrativo de una biografía.

En ese sentido, ha consultado diversas obras históricas acerca del Conde de Reus, y especialmente de su misteriosa muerte, como así también de las figuras principales relacionadas con él, ha manejado documentos de la Embajada de España en México, algunos de los cuales inserta en el Apéndice, publicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores y testimonios recogidos de algunas personalidades.

El trabajo de Miquel I. Vergés, resulta pues interesante, sino definitivo, para el conocimiento de los pormenores históricos de la actuación de Prim y de su época.

EMILSE GORRÍA.